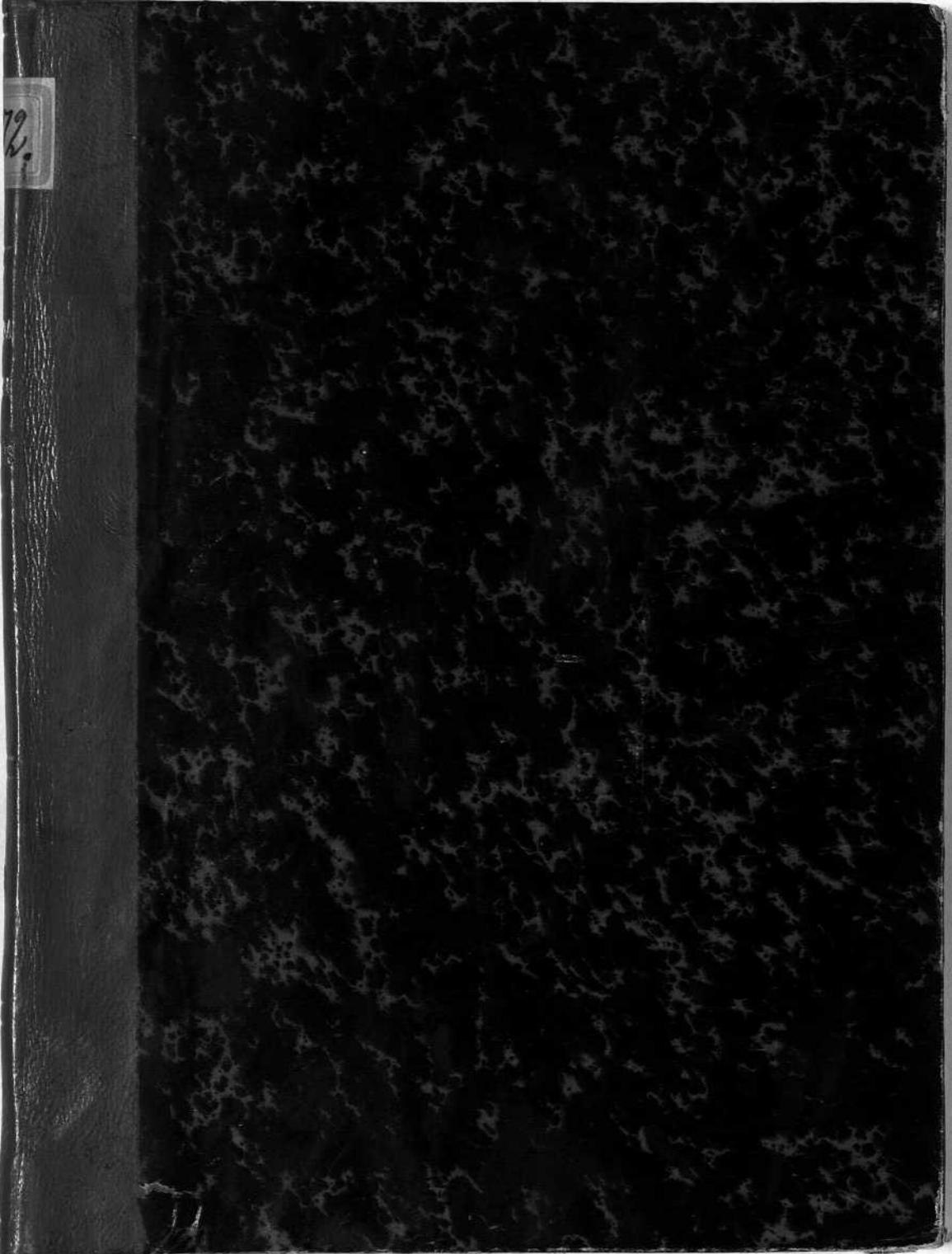
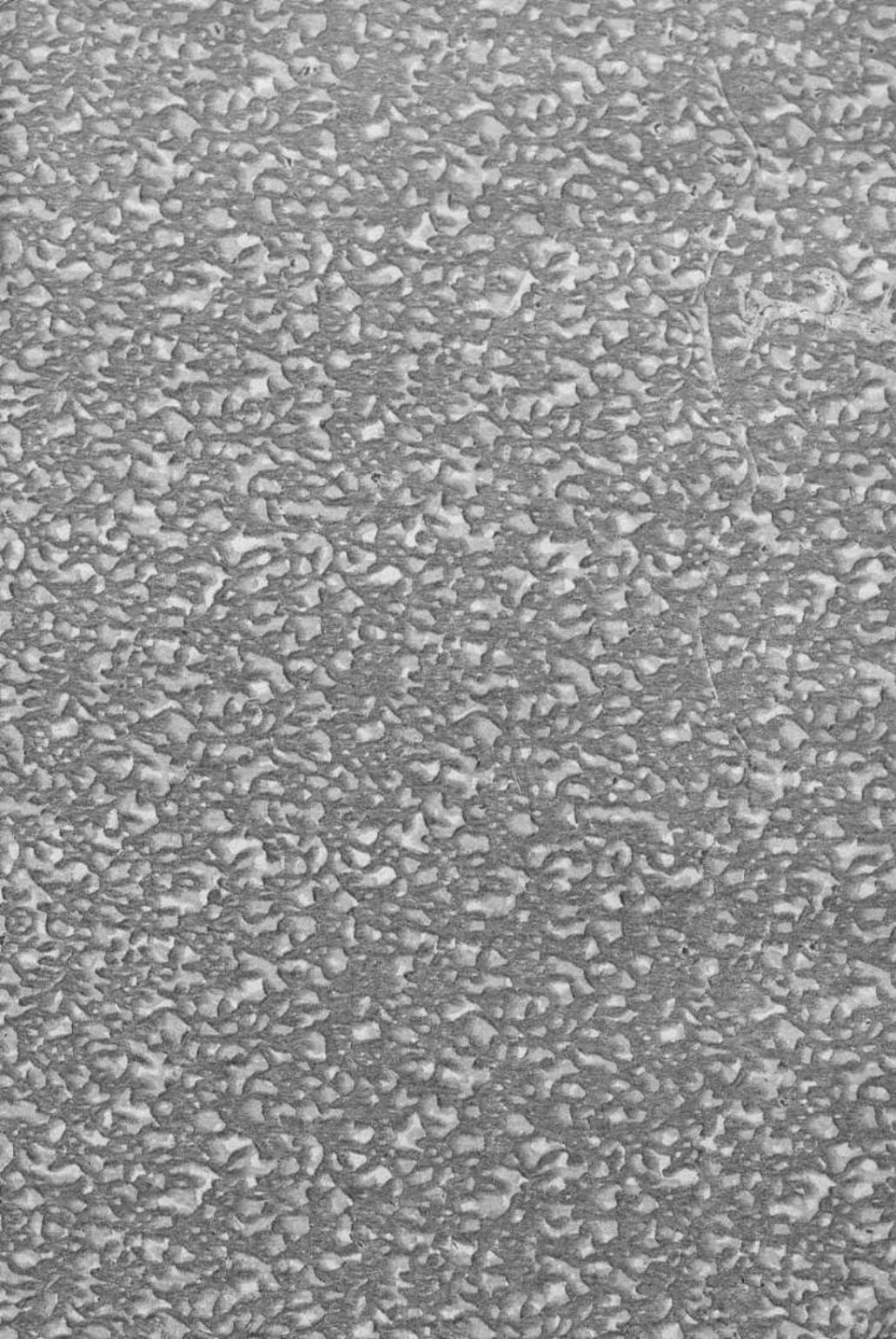


79.









AMERICAN

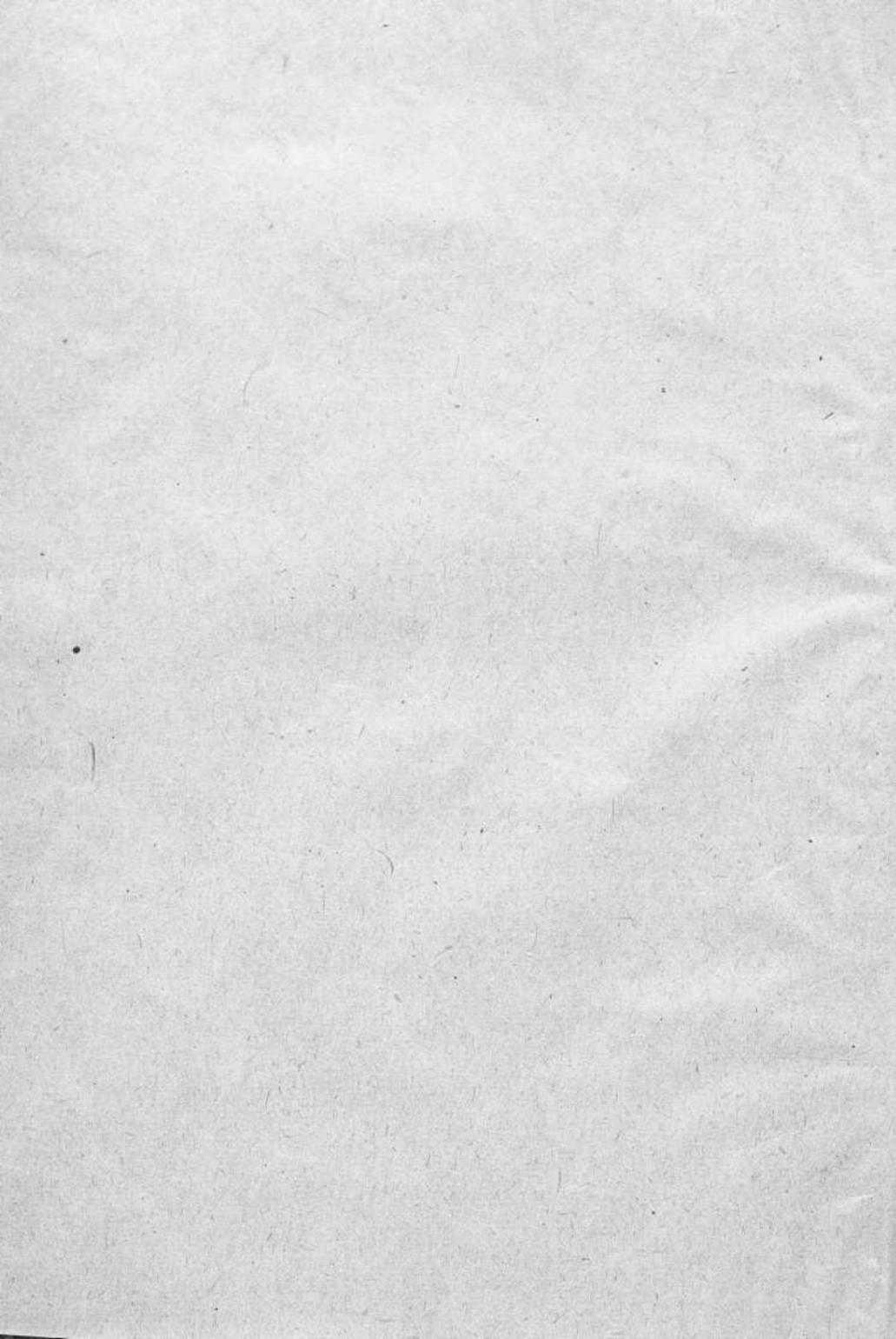
MANUFACTURING COMPANY

NEW YORK

THE

AMERICAN MANUFACTURING COMPANY

NEW YORK



*Antonio Mantilla*

PANEGÍRICO

DE LA INMORTAL

SANTA TERESA DE JESÚS,

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE CARMELITAS DESCALZAS REALES DE ESTA CIUDAD,

AL

ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

DE LA MISMA,

EN LA FUNCION QUE ANUALMENTE LE CONSAGRA

COMO SU PATRONA,

POR

D. FRANCISCO BERMUDEZ DE CAÑAS Y DE LA TORRE,

*Canónigo del Sacro-Monte,*

*Doctor en Derecho Canónico y Sagrada Teología, Misionero Apostólico y Predicador*

*de S. M., Caballero Comendador de la Real y distinguida Orden*

*de Carlos III, individuo de varias Asociaciones*

*científicas y literarias.*

*Musio de Dean de Sevilla  
en la Catedral*

Impreso á expensas de dicho Ilustre Colegio,  
con las licencias necesarias.

GRANADA.

IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,

Impresor de SS. MM.

1867.



AL ILUSTRE  
COLEGIO DE ABOGADOS  
DE GRANADA.

---

Al dispensarme la alta honra de dar á la prensa el humilde trabajo que presté panegirizando las glorias de la inmortal SANTA TERESA DE JESÚS, cumplo un deber dedicándolo á tan ilustrada Corporacion, como signo de la gratitud que le profesa S. A. S. S.

*Francisco Bermudez de Cañas.*



---

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.

*Yo para mi amado y mi amado para mí.*

(CANTAR DE LOS CANTARES, CAP. 6, V. 2.)

### *Ilustre Colegio de Abogados:*

Uno de los misterios que mas asombran la mente del hombre pensador, es la sábia economía con que la mano omnipotente del Altísimo ha hecho brotar del medio de las grandes agitaciones sociales la luz de la verdad religiosa que ilumina al alma, no de otro modo que su palabra divina hizo surgir del caos la luz radiante que ilumina los cielos, y presta colorido á las magnificencias de la creacion.

Los principios regeneradores que el Catolicismo habia depositado en el corazon de los pueblos á manera de sávia prodigiosa, venian elaborando á través de quince centurias la inmensa base sobre que debia descansar la grande unidad política, moral, legislativa, social y religiosa, que confundiese en una todas las naciones. El coloso de la civilizacion, levantán-

dose de su lecho de triunfo, se aprestaba para recoger el último laurel que engalanase su frente, cuando apareció en la arena de los tiempos el llamado gran siglo de las edades modernas, el siglo XVI, y con él la mas espantosa de las revoluciones que trastornaron el mundo intelectual y moral.

Cuando el alma estudia en la historia los acontecimientos que precedieron á la aparicion de la *Reforma*, y encuentra á Colon engastando como precioso diamante un mundo en la diadema de la España; á Copérnico y Kepler señalando leyes al sistema del universo; á Rodio y Harvey revelando las de la vida en la circulacion de la sangre; á Vieta y Harriot perfeccionando el lenguaje del análisis matemático; á Cesalpino y Gesner clasificando á la conquistada naturaleza; á Galileo y Napier consiguiendo con los logaritmos medir infaliblemente las órbitas de los astros: cuando la razon descubre en Italia á Ficino, Miguel Ángel y Falopio analizando la naturaleza del hombre, bajo el triple aspecto intelectual, artístico y material, cual un dia lo hicieran en Grecia Platon, Aristóteles y Fidias; cuando recordamos los ardientes y dulcissimos cantos que brotaron de las fecundas fantasías de Ariosto, Camoens, Calderon, Shakspeare, ó admiramos las grandes obras artísticas de Leonardo, Rafael, Fray Bartolomé, Ticiano y Andrés del Sarto; cuando ocupan nuestra mente los nombres de Carlos V, Leon X, Segismundo I en Polonia, Gustavo Wasa en Suecia, y junto á ellos Cellini, Savonarola, San Carlos, Valentino y Catalina de Médicis; en suma, cuando asaltan la imaginacion los recuerdos de tanta grandeza y gloria, de figuras tan dignas, tan nobles y majestuosas, y todas ellas alentadas por un mismo sentimiento, por una sola idea, por la grande idea católica, y despues fijamos la vista en el grosero profanador de Catalina de Bore, y le vemos con mano impúdica arrojar el virus de la soberbia en la inteligencia

humana. que sonreía adormecida tranquilamente sobre las conquistas arrancadas al mundo material por el genio de Bacon, de Newton y de Descartes; y poco despues miramos la ardiente llama del protestantismo arrollando en su violento torbellino tronos y santuarios, leyes, costumbres, moralidad y ciencias; cuando al principio inmutable y divino del Supremo poder espiritual, á ese lazo íntimo que une el hombre á Dios en la eternidad por medio de la conciencia, sometiéndole á la vez á una ley objetiva y á una autoridad exterior en el tiempo, vemos sustituido el fatal imperio de los poderes temporales como Soberanos de hecho; cuando descubrimos dilatarse una inclinacion enteramente pagana en las artes, en la filosofia y en las letras, manifestada por la idolatria de la palabra muerta, por la sustitucion del hombre á Dios, de la razon privada á la razon comun; cuando vemos esa oscura nube de vicios, de sofismas y de errores oscurecer tantas heróicas acciones, tantos grandes descubrimientos, tantas ideas delicadas y sublimes, un sentimiento de amargura oprime el alma y desgarrá el corazon, pareciendo haber retrogradado á la barbarie del siglo undécimo.

No en vano la Europa sintióse hondamente conmovida en sus cimientos, y la humanidad contempla aun hoy con horror esa página luctuosa, escrita con la sangre de tantos millares de victimas inmoladas ante las aras de la deidad racionalista. Diríamos, Señores, que la sociedad se vió convertida en un horrible caos, en que se agitaban confusos la lealtad acrisolada y el epicureismo denigrante; el excepticismo homicida y el fanatismo exterminador, el entusiasmo y la ironía, el sarcasmo y la conviccion, las orgías de Lucrecia Borgia y las hogueras de Calvino en Ginebra, Montaigne y San Ignacio, Maquiavelo y San Felipe Neri, Lutero y Santa Teresa. ¡Ah! Involuntariamente he pronunciado el nombre de la inmortal heroina que hoy ar-

rebata la admiracion y el entusiasmo de la Iglesia católica. ¡Teresa de Jesús! Sí. El Catolicismo, principio inmutable que debia hacer brotar la luz del medio de ese oscuro embrion de principios y de ideas, habia arrullado con sus benéficas áuras los albores de una tierna é inocente niña, que, nacida en 1515 bajo el hermoso cielo de la España, fué un dia con sus virtudes y su ciencia el azote terrible de la malhadada *Reforma*, la gloria del Carmelo, el honor de nuestra literatura y el gigante caudillo de la civilizacion de su pueblo. ¡Teresa de Jesús! ¡Cuántas glorias recuerda ese solo nombre! ¡Cuál sintetiza la historia de la caridad bendita, de la humildad augusta, de esas virtudes que hicieron del corazon de la Virgen religiosa el castisimo tálamo en que plugo habitar al enamorado Esposo de los Cantares! La vida de Teresa de Jesús, sus virtudes, su influencia en la civilizacion, todo, Señores, se halla epilogado en esa frase profunda que he puesto al frente de mi oracion.—*Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi*.—La civilizacion, es decir, la ascension progresiva de lo finito á lo infinito; el hombre buscando á Dios y esforzándose para reproducir en su naturaleza las inmensas perfecciones que se ocultan en el seno de la suprema sustancia.—*Ego dilecto meo*.—La virtud, es decir, la tierna sonrisa de un Padre infinito reflejada sobre el alma; la blanca azucena recogiendo en su cáliz las nacaradas gotas del rocío; el corazon asimilándose los amorosos suspiros de su Dios.—*Dilectus meus mihi*.—La virtud y la civilizacion, lazo misterioso que une lo contingente á lo necesario, la criatura con el Criador.—*Ego dilecto... etc.*

Señores, he descubierto la idea que intento presentaros al panegirizar las glorias de esa ilustre hija de Ávila. Circunscrita á una proposicion, dice:

Teresa de Jesús, con sus virtudes y su angélica ciencia, combate al protestantismo, siendo al realizarlo el emblema del elemento católico, enseñando á su patria la única via de progreso y restauracion social.

Ved ahí, Señores, todo mi pensamiento, grande en su sublimidad profunda, de reconocida importancia en sus inmensas aplicaciones; mas que necesitaria para su perfecto desarrollo otra inteligencia que mi limitada razon, otra frase mas elocuente que la que brota de mi torpe labio.

Hace siete años, Señores, al ocupar este mismo puesto, recibí de vosotros señaladas pruebas de afecto tan altas como inmerecidas; me complazco en aseguraros que brilla aun en mi alma para vosotros, y brillará siempre la llama de una acendrada gratitud: sed hoy cual entonces, benévolos para escucharme.

¡Eterna sabiduría del Padre! Enséñame para que pueda decir: amor inextinguible del Espíritu Paráclito, abrasa mi alma para que sienta toda la hermosura, toda la belleza de la virtud: acepta mi súplica ofrecida en manos de la que es Madre de la sabiduría y del amor, María Santísima, á quien repetiremos la salutacion del Ángel:

AVE MARÍA.



Tema ut supra.

MIENTRAS que los hombres que remueven á grandes brazadas las cosas humanas trastornan los imperios, manejan los centros, agitan las asambleas y administran los negocios públicos, se esfuerzan por acumular en derredor de sus nombres el ruido permanente de grandes ovaciones, logrando solo transmitir á la posteridad una historia conocida de muy pocos, ó algun monumento objeto solo de estudio para el anticuario ó el artista; mientras el eco de la gloria humana pasa con la rapidez del viento sobre cuyas alas cabalga, sucede que seres desconocidos quizá de sus contemporáneos, ocultos en la humildad mas profunda, son en realidad mas inmortales, mas grandes que todo su siglo, pues supieron lograr que las mas secretas palpitaciones de sus almas, esencialmente comunicativas, llegasen siempre al corazon del hombre y le conmoviesen, como si esas palpitaciones fuesen los acontecimientos mas grandes de la humanidad (1). Ved por qué despues de tres siglos y medio, en medio de una atmósfera impregnada de indiferentismo, el recuerdo de la ilustre Doctora del Carmelo, la lectura de una sola página de sus luminosos escritos conmueve nuestras almas, haciéndonos reproducir el eco vibrante de su propio corazon, hasta arrancar al pecho un sentimiento de admiracion y de entusiasmo. Y no es, Señores, que nos deleite solo lo castizo del lenguaje, lo puro de la frase, la fluidez de la diction y la naturalidad y ele-

(1) Pensamientos de A. Lamartine.

gancia del estilo; no: es que sus delicados conceptos son siempre inspirados por la gracia; es que sus pensamientos y sus acciones brotaban siempre envueltos entre torrentes de caridad y de humildad, bases sobre que descansa la verdadera sabiduría.

Teresa de Jesús no adquirió la erudición clásica y teológica de una Tullia de Aragon; ni escribió comedias en griego, como Luisa Labé; ni arengas y diálogos en latín, como la famosa Olimpia Márata; pero en sus obras, como ha dicho el venerable obispo Palafox, «Ilustrada con las luces de Dios, inflamada con su »caridad y alumbrada con su sabiduría, formó al persuadir una »gracia eficacísima, y una eficacia suavísima y fortísima, que »lleva y arrebató las almas á Dios. Las lleva con la dulzura de »la enseñanza; las arrebató con la fuerza del espíritu; de tal »manera, que ninguno lee los escritos de la Santa que no bus- »que luego á Dios, y ninguno busca por sus escritos á Dios que »no quede devoto y enamorado de la Santa:» es que Teresa de Jesús lleva y dirige el espíritu y la inteligencia humana á Dios, y atrae á Dios sobre el corazón del hombre, uniendo con vínculo indisoluble esos dos misteriosos eslabones en que principia y termina la cadena de oro de una positiva civilización.—*Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.*

Señores: Cuando algunas palabras, reasumiendo en un siglo profundas aspiraciones y tendencias generales, vienen á resonar con estrépito en las sociedades y alcanzar sobre las almas un imperio universal, es tal su poder que llevan consigo prosperidades y desastres, según que tienen por intérprete la verdad ó el error, dando cuenta del sentido de Dios ó del sentido de los hombres. Las naciones, al escuchar estas voces que conmueven con estremecimientos desconocidos á las nuevas generaciones, permanecen en la expectativa y esperan ó tiemblan, prometiéndose la vida ó la muerte, según el sentido dado á esas palabras,

que parecen encerrar el destino del mundo; son frases de un ilustre orador contemporáneo (1). La palabra *Reforma* habia alcanzado en el siglo XVI un eficaz ascendiente, un prestigio brillante y una especie de omnipotencia sobre las almas, que la hacia poder ser el principio de las mas grandes cosas ó la causa de los mayores desastres.

Colon, ofreciendo en la América una tierra virgen donde implantar el dogma y las virtudes cristianas: Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza y mostrando el camino de las Indias Orientales; y Magallanes, uniendo por medio del estrecho que lleva su nombre el Oriente con el Occidente, habian completado el grandioso mapa en que el Catolicismo debia ejercer su accion eminentemente social y civilizadora. La ciencia, alentada por sus conquistas y desprendiéndose un tanto del rigorismo de las formas escolásticas, buscaba nuevos horizontes en donde dilatar su atrevido vuelo; no obstante, el error contaba numerosos sectarios; y la sociedad, sometida entonces á una elaboracion penosa y difícil, sentia la mezcla de lo antiguo con lo moderno; se lanzaba á lo futuro con inteligencia, pero habia perdido la fe y la docilidad del pasado; buscaba la unidad y el progreso en las ciencias, en la literatura y en las artes, pero no acertaba á combatir los inmensos gérmenes de anarquía que pululaban en su seno; pedia una *reforma*, sin comprender que genios, virtudes y vicios se agitaban confusos, como quien ha perdido la plácida senda que conduce á una suspirada llanura.

Lutero, espíritu verdaderamente satánico de esa época, comprendió que era llegada la hora fatídica de ejecutar la mas terrible de las venganzas. Lanzó la chispa de la soberbia sobre la

(1) El ilustre Padre Félix de la Compañía de Jesús, de quien he tomado cuantos pensamientos dicen relacion á la influencia católica en la civilizacion.

inmensa masa combustible de su siglo: al resplandor de las grandes llamaradas que despedían la Alemania, Inglaterra, Francia y casi toda la Europa, contempló la cúpula del Vaticano, que le llenaba de terror y espanto; y para sacudir de una vez todo el peso de su conciencia, arrojó en medio de la hoguera el gran libro de las tradiciones divinas; evocó del averno todo el odio de los Césares romanos, y le puso como nupcial anillo de incestuoso desposorio en el dedo de Enrique VIII y Ana Bolena; sintió tristeza y envidia de los voluptuosos placeres con que alentó sus conquistas el falso Profeta del desierto, y tomando con mano impúdica el velo de una virgen, le destrozó en mil girones, secando con su aliento la hermosa flor de la pureza; dijo á la razon humana: «*Tú eres el Dios del universo,*» y la razon se vió adorada en los campos de Marte, mientras las sanas inteligencias contemplaban horrorizadas bambolearse las columnas sobre que descansa el grandioso edificio de la civilizacion. En esos momentos críticos aparece Teresa de Jesús, como la primera flor que brota en los campos, despues que ha pasado el aluvion de la tormenta; como la elevada y gigantesca columna que desafiando los vientos y los huracanes permanece inmóvil para indicar al caminante el término de su verdadero viaje.

Colocada entre esas dos impetuosas corrientes, una que avanzaba á pasos de gigante hácia la unidad, otra que retrocedía á marchas forzadas hácia la barbarie, siente la llama creadora del genio que la anima; y á la manera que un día el ángel de las escuelas, Tomás de Aquino, reuniendo las uniformes piedras labradas por la mano de San Juan Damasceno, Tajon y Pedro Lombardo, talló para asilo de las ciencias y de la civilizacion el grandioso monumento de su *Suma Teológica*, así Teresa de Jesús levantó con sus escritos la gran Basílica de la Teologia mística, formada no ya de zafiros, esmeraldas y diamantes, si-

no de profundos y dulcísimos conceptos, de enérgicos arranques y cariñosas exhortaciones, que prestan alas al espíritu para remontarse en raudo vuelo hasta el trono mismo de Dios, y embellecen y engalanan el alma con el perfume de las virtudes, hasta constituir la en morada y habitacion del Altísimo, realizando así el sublime de la civilizacion y del progreso humano.— *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.*

Leed, Señores, los torrentes de persuasiva elocuencia que brotaron de la pluma de esa angelical doncella, prez y gloria de nuestra literatura: estudiad sus luminosos escritos, y en todos ellos hallareis diseminada la ciencia de la caridad y de la humildad, de esas dos virtudes, verdaderos polos sobre que debe girar el eje de nuestra existencia.

No intento hacer un análisis crítico de sus obras, que admiro, y cuyo valor y mérito no alcanzo á medir; pero sí os diré que la historia de *su vida* es la mas bella apología del catolicismo; el *libro de sus fundaciones* es la revelacion misteriosa de los profundos conocimientos escriturarios que adquirió, cuando arrebatada en espíritu hasta la mansion de los serafines bebió en el seno mismo de la Divinidad esos raudales de ciencia con que debia labrar la felicidad de su nacion. En el libro de las *Moradas* penetra los secretos de la gracia, sus multiplicadas operaciones, su necesidad para nuestro perfeccionamiento, su valor, su origen: diríamos, Señores, que ese precioso volúmen era la expresion viviente de ese casto y purísimo amor que embriagaba su alma, y que en medio del rigor y desvío á que la sujetó su Esposo celestial, como prueba en el periodo de veinte y dos años, hacia la exclamar, suspirando: «*No, Esposo mio; yo soy toda para tí; mas renuncio á todo consuelo; ya no quiero sino padecer ó morir.*—*Aul pati aut mori:*» ó bien pudiéramos asegurar que el libro de las *Moradas* era la escala de piedras abillantadas por donde

el espíritu sube al cielo y el cielo baja al espíritu, hasta confundirse en un abrazo de amor purísimo; ó que era la dulce y melancólica plegaria que un alma enamorada en el deliquio de celestiales dulzuras elevaba al cielo, exclamando: «*Amado mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores; que yo muero porque no muero.*» La *Paráfrasis del Cantar de los Cantares*, los *Conceptos del amor de Dios*, la *Exposicion del Padre nuestro*, el *Camino de la perfeccion*, el *Castillo del alma*, sus sábias *Cartas*, cuantas obras brotaron de su pluma se hallan salpicadas de bellísimas imágenes, que excitan el alma á la virtud, de saludables máximas, que domeñando las pasiones del corazon, muestran la senda de la justicia, de tiernas endechas que encierran cuanto de hermoso y sublime inspiran el amor y la esperanza. ¡Ah! ¡Qué perfume tan delicado y fragante el que brota de ese místico jardin, para purificar la inficionada atmósfera del siglo XVI! ¡Qué luz tan radiante y majestuosa la que despide ese nuevo sol, aparecido en el horizonte del Carmelo, para desterrar las negras sombras esparcidas por las ilusas huestes del protestantismo! ¡Qué impulso tan magnífico dado por una jóven virgen á la civilizacion de la Europa!

Señores, creado el hombre perfectible, con la mirada y el corazon abiertos sobre el infinito, como ha dicho un sábio, desde el fondo de su miseria se siente capaz de una perfeccion que imagina, que sueña y no posee. Desde el umbral de nuestra existencia, desde la aurora de la razon entrevemos en el fondo de una lejana perspectiva la imagen de la perfeccion infinita que nos atrae; una revelacion íntima preséntanos de continuo esa soberana hermosura en el santuario del alma; y el hombre, conmovido por este reflejo y por este encanto de Dios, busca en todo y por todo ese infinito, cuyo sentimiento inalterable y cuya seduccion invencible lleva en sí mismo.—Cual si el primer

eco que resonase en su alma fuera esa frase sublime « *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial,* » siente en su corazón la ambición mas generosa, la vocación mas sublime, la necesidad de lo mas perfecto. Cautivo del tiempo, prisionero de la extensión, buscando siempre el ideal de su libertad, tiende á romper las cadenas del tiempo y del espacio, y hasta en sus desvarios mas extravagantes, y en sus degradaciones mas profundas, sueña y busca todavía ese infinito tras el que corre siempre, aun cuando se aleja de él.

Esa necesidad, Señores, que le abrasa, es el signo de la vocación que la Providencia misma le ha dado, abriendo ante él las perspectivas de lo infinito: es la luz que refleja sobre el alma la estrella plácida de la esperanza, sin la que el hombre, con todas sus facultades, cae rebajado á sus propios ojos en una impotencia y una esterilidad supremas: es el entusiasmo del conquistador, que bajo el imperio de una idea, marcha con valerosa resolución á su conquista, y que con mas razón que Alejandro, no dice nunca *Basta*; porque escucha una voz de Dios que le grita desde el fondo de todas sus facultades: *Avanza, avanza todavía; todavía mas lejos; todavía mas alto; avanza hasta la consecución de tu grandeza final* (1).

Tal es el grande poder que agita la vida de la humanidad, y que desplegando sus alas puede llevarla á las grandezas ó á las ruinas, segun que siga ó no senderos legítimos: sí, que todo poder, cuando se desvia de su camino, produce una ruina igual á sí mismo; y los grandes desastres no son mas que el abuso de las grandes fuerzas. Por eso, cuanto mas legítimo es un movimiento, tanto mas importa darle una dirección segura: cuanto mas santa una tendencia, mas necesidad tiene para marchar

(1) P. Félix.

por su vía verdadera, de una luz y de una regla divinas.

Ahora bien: ese sentimiento divino, ese anhelo de perfeccion, que ha producido en el decurso de todos los siglos los artistas ilustres, los poetas inmortales, los oradores potentes, las santidades heróicas; esa idea que el Catolicismo hace mecerse sobre el mundo diez y nueve siglos, halló en el XVI numerosas inteligencias, que arrastradas por el vendaval de la soberbia al otro lado de esas fronteras, mas allá de las cuales ni lo verdadero, ni lo bello, ni lo bueno pueden existir, rompiendo á la vez toda tradicion filosófica, moral y social, levantaron una rojiza bandera, en la que se leía la palabra *Reforma*. Era, Señores, una nueva manifestacion del error anticatólico que venia á turbar el verdadero curso de los progresos humanos, como á poco de ser el tiempo turbó la paz del Paraiso con la seductora promesa de una ciencia oculta en los secretos del porvenir. *Eritis sicut Dií, scientes bonum et malum*. Mas ¡ah! que el Altísimo quiso, como ha dicho el venerable Fray Luis de Leon, demostrar en época tan desastrosa, « *que no envejece su gracia, ni es ahora menos la virtud de su espíritu que fué en los primeros y felices tiempos de ella, pues con medios mas flacos en linaje que entonces, hace lo mismo ó casi lo mismo que entonces;* » así, para destruir ese monstruoso engendro del orgullo, y dar verdadera direccion á ese impulso, por el que el hombre busca cada vez creaciones mas espléndidas, « *no quiso poner delante un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre y sola que le desafiase y levantase bandera contra él;* » y esa mujer fué Teresa de Jesús, que tomando en sus manos el lábaro victorioso de la Cruz y derramando sobre la sociedad con sus escritos el fuego purificante del amor divino, hizo comprender á la humanidad que solo Jesucristo, elemento civilizador que la sacó de su postracion hace diez y nueve siglos, lo es hoy todavía y lo será siempre,

porque Cristo era ayer, es hoy y será por toda eternidad: *Jesus Christus, heri et hodie ipse et in saecula*. Y enseñando á los pueblos la ciencia de la caridad práctica, de la humildad generosa; haciéndoles comprender que Dios es el autor del mundo; el que da á todo la vida, el aliento y el desarrollo, marcando nuestros límites en el espacio y nuestras etapas en la duracion, logró demostrar que la verdadera cultura, el progreso positivo del espíritu, solo existe en la unidad, en la armonía, en la obediencia á la suprema Autoridad espiritual, y que el camino que á él conduce es solo el Cristianismo, ley suprema de todo perfeccionamiento, grandiosa historia que nos revela á Jesucristo, dilatándose y elevándose más y más en los espacios y en los siglos, incorporándose á la humanidad é incorporando la humanidad á sí mismo, en lo que se cifra toda estable y grandiosa civilizacion.

Señores, Teresa de Jesús ha derrocado los baluartes del protestantismo con sus virtudes y su ciencia en el terreno de las ideas; seguidla algunos pasos mas de su vida, y la vereis en el terreno de los hechos reducir á menudo polvo los sofismas de los reformadores.

Las instituciones monásticas han sido en todos los siglos ópimos y sazonados frutos que revelaban la rica y abundante vegetacion comunicada por el Catolicismo á los pueblos. El apóstata de un claustro debió infundir á sus discípulos el odio á los institutos monacales; por eso el protestantismo nada grande, nada social, nada humanitario vió en las Órdenes religiosas.

Para él los solitarios que inundaron los desiertos de la Palestina y la Tebaida, y cuyo espiritualismo tanto contrasta con las escuelas materialistas de Alejandría, fueron unos... ilusos.

La Abadía de Monte-Casino, santuario adonde huyeron las

ciencias para salvarse de la barbarie del hijo de las selvas... un foco de oscurantismo é ignorancia.

Las ilustres generaciones de Caballeros Templarios, Hospitalarios, Teutónicos y de Calatrava, esa egida poderosa de la civilizacion... una turba de audaces aventureros.

Domingo de Guzman y Francisco de Asis, combatiendo los Waldenses y Albigenses, y Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort, corriendo al otro lado de los mares para romper las cadenas del esclavo y reconquistarle la libertad con su propia sangre... espíritus fanáticos y retrógrados; y el protestantismo, Señores, el protestantismo, arrancando una virgen de las mansiones del claustro y profanándola con su impuro álito, diré yo, que fué la mas profunda de las degradaciones del alma: Lutero, escribiendo la primera página del odioso libro de su bárbara *Reforma*.

Teresa de Jesús, ilustrada por las luces celestiales, comprendió desde muy luego cuánto interesaba á la gloria de la Religion y de la sociedad la reforma de las Órdenes religiosas, creando institutos en donde la observancia de las mas sublimes virtudes cristianas, y la práctica de los consejos evangélicos, fuesen un muro de bronce para detener la accion con que una filosofía materialista y atea intentaba bastardear los mas nobles sentimientos del corazon. Alentada por el espíritu de Dios, llena del celo del solitario profeta de Monte Carib, dió comienzo á la reforma de la religion carmelitana, místico nido en que su alma habia corrido á ocultarse, en la edad mas florida y risueña de su existencia, para consagrarse toda á los amores de su Dios. No dispone de riquezas, autoridad ni prestigio para llevar á término su difícil empresa; y no obstante, con esa superioridad de alma con que hablan los grandes genios, y cual si viese ya realizada su obra, « *Yo me atreveria, dice, sola á confundir á todos los luteranos; pero ya que no puedo lo harán por mí mis hi-*

jos, que para eso los instituyo; » se la llama fanática, vana é ilusa; mas ella con su humildad profunda confunde la calumnia; su amor á Jesús vence todos los obstáculos; obtiene el Breve pontificio, y Valladolid, Toledo, Medina del Campo, Pastrana, Salamanca, Beas, Segovia, Sevilla, Búrgos y Granada, son estrecho campo al ardiente celo que devora su alma. La vírgen candorosa, que un dia exclamaba en extático arrobamiento: «*Fálteme todo, opóngaseme todo; pero que no me falte mi Dios y no desfalleceré nunca,*» ve realizadas sus esperanzas. La España contempla un nuevo cielo, formado por la mano de la inmortal Teresa de Jesús, y en él, como astros rutilantes, descubre ese grandioso número de monasterios creados y reformados, de donde parte la virtud y la ciencia sobre el mundo, para comunicarle el impulso de una civilizacion grandiosa, como el agua de la cristalina fuente que se derrama por el valle le cubre de flores y le matiza de rosas; Teresa de Jesús ha combatido al protestantismo en el terreno de los hechos, dando al hombre el misterioso secreto que le lleva á la posesion de su ideal supremo, mientras su alma, en un éxtasis de amor indescriptible, corre á recibir de su Esposo la blanca palma de las vírgenes y la corona de los vencedores, realizando la verdad del tema que puse al frente de mi oracion: *Ego dilecto*, etc. Reasumamos. La inmensa grandeza acumulada por el hombre en la edad décimasexta del Catolicismo fué oscurecida por los principios protestantes, como oscurece una siniestra nube la plácida luz de un cielo despejado y sereno. Lutero separó la razon de Dios y creó el caos del racionalismo; arrancó del alma la fe, y el alma no halló otra atmósfera que respirar que un escepticismo denigrante; echó por tierra los tronos, y desde el seno de la mas espantosa anarquía, las falanges agrupadas á su derredor vomitaron sobre la sociedad la lava de ardientes revoluciones;

quiso el progreso, alejando al hombre de su Hacedor, y el cielo para confundirle suscitó á Teresa de Jesús, que con sus escritos, llenos de caridad, iluminó la humana inteligencia, haciéndola aceptar el suave y dulce yugo de una fe racional y obsequiosa; creando en cada uno de sus institutos reformados un foco poderoso, de donde la humildad, partiendo sobre el mundo, hizo comprender á las generaciones que el progreso solo es realizable en la union y marcha del espíritu hácia Dios, radiante concentracion de toda verdad, de todo bien, de todo orden, de toda felicidad. *Ego dilecto meo*, etc.

Señores, la gloria de los héroes cristianos no es solo esa entusiasta admiracion que consagran á su nombre las generaciones que les siguen; hay reservada otra aureola que nunca se marchita para ceñir la frente del justo; es la diadema de la virtud, la corona de la santidad que hoy brilla sobre la inmaculada frente de Teresa de Jesús.

Sus virtudes y su ciencia, elementos en el siglo XVI de restauracion y de progreso, pueden y deben serlo no menos poderosos para nuestra sociedad actual. Señores, hace mas de medio siglo que los partidos mas rivales, las ambiciones mas antagonistas, aseguran á su vez que se han alzado para saludar la grande idea del progreso. Hoy cual nunca buscamos el engrandecimiento en las riquezas, en el goce, en la libertad, en el amor, en la ciencia, en todo; y ¿sabeis por qué la Europa, no obstante ese anhelo, muestra con terribles sacudidas que su corazon se halla herido de muerte? Porque ciega en su locura, despreciando el presente, insultando el pasado y frenética por el porvenir, buscó el progreso del espíritu fuera de la Religion, sin que sus brazos, ya exánimes, hayan podido alcanzar aun la risueña felicidad que les brindó la ciencia racionalista.

Pues bien: nuestro siglo, no obstante su profunda degrada-

cion, lleva en su fisonomía marcados caracteres de su grandeza de rey: ese mismo sentimiento, que pervertido en sus aplicaciones le envilece, regularizado por los principios de la moral evangélica, será el foco poderoso de las mas gigantescas empresas en las artes, en la literatura, en las ciencias, en la política y en la moral.

Á vosotros, venerandos Magistrados de la Justicia; á vosotros, augustos Sacerdotes de la paz social; á vosotros toca contribuir en muy alto grado á tan alta y civilizadora empresa. Que jamás esa honrosa toga, que tan dignamente llevais en vuestros hombros, pierda el inmaculado brillo con que hoy resplandece; sed grandes en la caridad y en la humildad, y la Justicia será el lema que os distinga en medio de los pueblos confiados á vuestra solícita administracion y paternal desvelo; y cuando seais llamados como Ángeles pacificadores para calmar las luchas en el santuario del hogar doméstico, sea la caridad y la humildad de vuestra excelsa Patrona el faro luminoso que coloquéis en medio de la familia, y las familias y los pueblos bendecirán vuestro nombre.

Vosotras, vírgenes esposas del Cordero, que os gloriais en llamar á Teresa de Jesús con el dulce nombre de Madre, sed fieles depositarias y custodias de su espíritu: su fe os ilumine; su esperanza os aliente; su caridad abrase vuestras almas; que la fe, la esperanza y la caridad de Teresa de Jesús, es la caridad, la esperanza y la fe de Jesucristo, que guarda tambien para vosotras coronas inmarchitables y eternas.

Busquemos, católicos, á Dios por la hermosa senda de la virtud cristiana, para que el Eterno inunde nuestro ser con la dulzura de sus gracias y carismas. El hombre, corriendo hácia el infinito, y Dios dejando al hombre entrever su soberana perfeccion y hermosura, he ahí el progreso en la vida: el hombre po-

seyendo á Dios, y Dios siendo nuestro gozo y nuestra corona, he ahí el progreso en la eternidad. Seamos, pues, virtuosos en la tierra para alcanzar el progreso indefinido en los cielos, que á todos deseo. Amen.

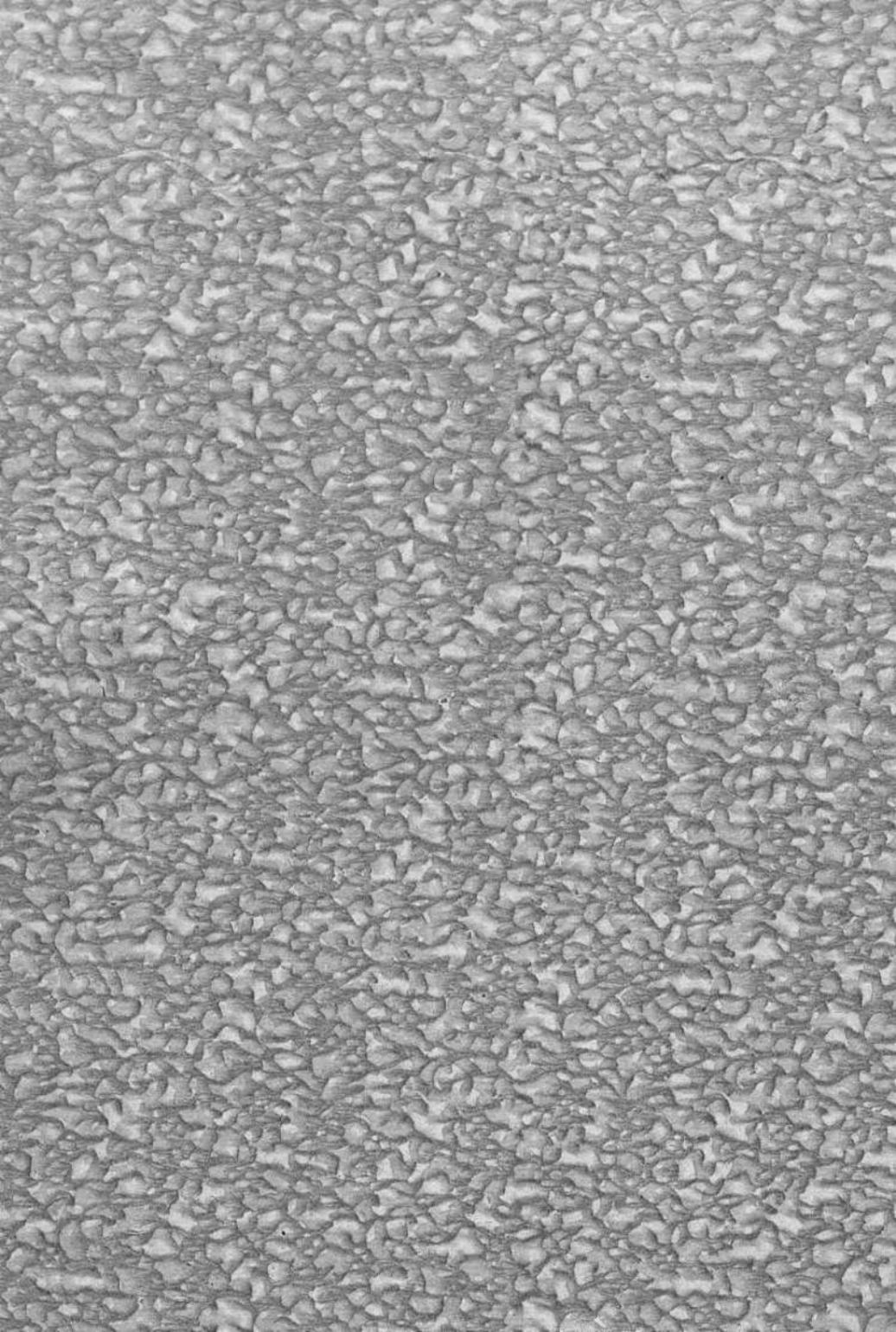
O. S. L. S. R. E.











MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa  
de Jesús

Número.....	2572	Precio de la obra....	Ptas. ....
Estante.....	118	Precio de adquisición. >	.....
Tabla.....	4	Valoración actual.... >	.....

25

61  
A  
S  
P  
R  
A  
07



SANTA

NEBRASKA

DE JESU